

NÉMESIS

Philip Roth

Mondadori, Barcelona

208 pp.

21,90 €

Trad. de Jordi Fibla

---

## **El Supermán de Newark**

Soledad Fox Maura

1 octubre, 2011

Quando empecé a leer *Némesis* de Philip Roth, sentí que alguien estaba engañándome. ¿Era esta una novela del temible Roth de siempre, o de un impostor del mismo nombre? Era claro que el impostor

había bordado ciertos aspectos de la narrativa del autor original: conocía íntimamente la ciudad de Newark en plena Segunda Guerra Mundial, y recreaba muy acertadamente los dejes y la vida del mundo judío estadounidense. Pero lo demás era descabellado. El Philip Roth verdadero no crearía estos personajes acartonados y buenazos, y jamás se rebajaría a la cursilería de sacar a relucir las canciones infantiles de las niñas del barrio saltando a la comba, y –repetidamente– una estrofa de una canción sentimental de la época como si fuera un estribillo de novela rosa. No es que el mundo del protagonista, el joven profesor de gimnasia Eugene «Bucky» Cantor, sea de cuento de hadas: su padre está en la cárcel por ladrón y su madre ha muerto. Para gran vergüenza suya, no ha podido alistarse en el ejército como otros jóvenes heroicos, porque su vista no da la talla. Pero vive con su abuela, que tiene un corazón de oro, Bucky solo quiere ayudar a los demás, su novia Marcia es prácticamente una santa y el padre de Marcia literalmente da saltos de alegría cuando Bucky anuncia que quiere casarse con su hija. Aquí no existen las familias retorcidas de *Pastoral americana* y otras novelas más emblemáticas del autor. En esta novela parece que todos fueran felices –a pesar del insoportable calor del verano de Nueva Jersey, a pesar de la guerra, a pesar de la pobreza del barrio de Weequahic–, de no ser por un factor imparables: la polio, que invade y destroza esta burbuja de inocencia y humildad.

La llegada de la polio es, lógicamente, fatal para los personajes de esta novela, pero es algo positivo para el lector, ya que le da a la narración un giro radical y ofrece un contrapunto demoledor a las vidas idealizadas del principio. La cursilería que choca tanto en las primeras páginas se justifica cuando se ve que no era más que una ilusión. La polio tiene consecuencias inmediatas e imparables, y a los vecinos del barrio les invade un terror siniestro. Como no tienen posibilidades económicas de irse de veraneo lejos del hervidero húmedo de Newark, se encierran en sus diminutos apartamentos y las calles quedan vacías y fantasmales. El ambiente es tan concreto, agobiante y característico que recuerda la vida de pueblo sureño creada por Harper Lee en *Matar a un ruiseñor*. Como el Boo Radley de la novela de Lee, aquí también hay una figura que ronda las calles abandonadas: un pobre chico retrasado mental –el clásico tonto del pueblo– al que los demás empiezan a temer y odiar por su falta de higiene y su ausencia generalizada de salud. ¿Será él el portador de la enfermedad? Siempre hay que culpar a alguien. Cuando invade la polio, la estrofa de esa canción azucarada («Te veré, en cada hermoso día de verano, en todo cuanto es ligero y alegre, siempre pensaré en ti de esa manera») deja de ser una nimiedad popular de la radio para convertirse en un trágico presagio, y un lamento por todo lo que no pudo ser. Muchos de los jóvenes que soñaban con bailar al son de esa romántica canción, abrazados a su pareja, no vivirán para hacerlo, y los que viven no bailarán porque acaban en sillas de ruedas, o caminan –si son afortunados– con muletas y las piernas apoyadas en primitivos aparatos de cuero y metal.

Es innegable el paralelismo entre la epidemia de la polio en Newark y el holocausto en Europa. Cuando los personajes empiezan a enterarse de algún caso suelto se preocupan, pero aún lo ven como un problema ajeno. No irá a más, se dicen. Bucky, a cargo de las actividades deportivas de un grupo de chicos judíos en este caluroso verano de 1944, se preocupa por la salud de los niños –nunca por la suya propia–, pero, como tantos, cree, equivocadamente, que con la higiene podrá prevenir el peligro. ¿Cómo es posible que un mal pueda aparecer de la nada para exterminar a esos críos inocentes de un pobre barrio judío? Lo mismo se dijo cuando los nazis pusieron en marcha sus

proyectos de segregación y exterminio. Muchos no se lo imaginaban porque, sencillamente, no era imaginable.

El personaje de Bucky es una versión de un prototipo de Roth, del Seymour «Swede» Levov, el protagonista de *Pastoral americana*. Ambos son una fantasía de un nuevo hombre judío que rompe los moldes de los estereotipos. Sus apodos, Bucky y Swede (el sueco), suenan anglo, *sport*, sanotes y todo menos judíos. La imagen del judío como un ser físicamente endeble, moreno, encerrado con sus textos religiosos, intelectuales, o con sus cuentas, es lo contrario de estos personajes. Swede es rubio (de ahí el apodo) y deportista profesional, y Bucky es alto, guapo y también se dedica al deporte, aunque como profesor. Este contratipo judío es llamativo, y no es un personaje exclusivo de Roth, sino una figura clave en la cultura popular de la época de su juventud. El ejemplo más emblemático es el Superman de los cómics, inventado por dos jóvenes judíos de Cleveland (Jerry Siegel y Joe Shuster, nombres de personajes rothianos donde los haya) en los años treinta, coincidiendo con el auge del nazismo. Parece irónico que el gran superhéroe americano -fuerte, joven, viril y defensor de la verdad, la justicia, y el bien- fuese una creación judía, pero así fue, y también tiene sentido que un par de jóvenes judíos, impotentes ante la devastadora ola antisemita, quisieran proyectar la fantasía de un superhéroe judío capaz de liquidar el mal. El pobre Bucky, que también va de héroe, no tiene los poderes mágicos de Superman, y cree que podrá defender a sus chicos de la polio con ejercicio sano al aire libre y con grandes dosis de limpieza. Cuando cae el primero de sus niños, se pone a fregar los baños del colegio como un desquiciado, pero aprenderá que la lejía no puede contra la polio.

Al final, y con una gran carga de conciencia por abandonar su papel de protector del barrio, Bucky intenta escaparse del gueto urbano de la enfermedad para irse con su novia a un campamento de verano para chicos judíos. En este campamento -pastoral pura- perdido entre las montañas y lleno de chicos alegres, parece imposible que llegue la polio. Es la primera vez que Bucky ve tanta belleza natural, y se llena de optimismo. Pero la epidemia no distingue entre los pobres barrios urbanos y los campamentos bucólicos, y nadie está a salvo.

La historia de Bucky nos la relata, muchos años después de los hechos, un narrador que desaparece más que aparece, haciéndose eco del misterioso narrador de *Madame Bovary*. Como la voz que narra se refiere al protagonista con formalidad -lo llama «el Señor Cantor»-, podemos imaginarnos que es la voz de algún alumno del joven Bucky. Pero, por si no han leído aún la novela -ni visto las críticas que comentan a fondo el papel del narrador y su relación con Bucky-, no digo más para no estropearles su final. No es una obra de suspense, pero los autores tienen derecho a compartir las sorpresas sin intermediarios.

Solo me queda confirmar que no se trata en absoluto de la novela cursi que puede parecer al principio, sino de una obra compleja que rondará al lector durante mucho tiempo. Es un retrato crítico y nostálgico del optimismo y la inocencia de una comunidad estadounidense incapacitada ante el mal mayor de una epidemia devastadora. Como otras grandes obras literarias centradas en epidemias (*La plaga*, de Camus, entre otras), siempre hay un mal mayor más allá de la epidemia en sí. En el caso de Roth, no creo que sea exagerada la analogía entre la polio y el holocausto: el año, 1944, casi la impone. Hay que tener en cuenta el contexto histórico y la presencia -implícita- del presidente de

Estados Unidos de la época, Franklin Delano Roosevelt. El presidente Roosevelt también fue víctima de la polio, y sobrevivió, pero reaccionó tarde ante la Némesis nazi.